

NAUFRAGIO

Daniel Isaí Mata Velázquez

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 7° semestre

Cuando yo era niño, tenía un papalote de un barco pirata, rojo, negro y amarillo, con unas velas alzadas que lo hacían parecer un animal disecado con las patas extendidas. Nunca se usó, porque se extravió un alambre que permitía dirigir sus telas al vuelo. Así que se puso como una lámpara bajo el foco del techo, de tal modo que mi cuarto parecía el cuerpo de un cadáver marino, insólito e insondable.

PIROCROMIO

48

#26 INFANCIA

Todo lo esquivo,
todo me parece ajeno,
todo cobra un aire distinto
cuando no se está despierto:
inerte y dormido.

Allá un vuelo de gaviota

[derrumba

las costas de las aguas de los

[sueños,

y todo cobra relieve,

todo se forma un antagonista

[de la luz

para sumergirse en las sombras.

Eso es soñar, pienso.

Es como estar en una sala oscura
en cuya pantalla se dibujan

[cansadas palomas

sobre un abismo azul de mar

[salvaje,

con contornos que se deforman
en el óxido de un naufragio

[perdido,

triste y vencido bajo el oleaje.

Me sumerjo

y el agua no toca mi cuerpo

ni mi piel dormida,

sin edad y sin sentido.

Me sumerjo

y nado tembloroso

hacia ese naufragio carmín

[de nube,

que en el mar parece

el cometa de mi infancia,

un cadáver

que se cansa y desvanece
en la negritud ahogada.

Y ahora no veo gaviotas,
ni soy un navegante
que respira con esfuerzo
[pausado,
como una expedición
a costa de oxígeno y vapor.
No, soy un niño
que está acostado
sobre una cama
de pliegues azules y balones,
como si ese naufragio
engullera al mar de un espasmo
para vomitar un cuerpo
hecho de papalote y tejido.

Las repisas, intactas,
no se han movido
y los cajones con ropa doblada
no han roto huesos
ni por su peso se han caído.

Y un horror mudo
de golpes tras la puerta se
[escucha
como las campanas que suenan
cuando un desconocido cruza
sin rostro y ausente
la puerta.

Y un videojuego sin jugar se
[apaga
y una luz de cuarto vacío invade
este espacio de ser yo
que he dejado en una caja de
[cartón bajo la cama.

Antes el sonoro martilleo de
[la aguja
de la máquina de coser
acompañaba las ventanas
antes se escucharon voces
antes se sintieron miradas
como una invitación de
[pertener a dos mundos
que en lo distinto se confrontan
[y diluyen.

Ahora, en cambio,
el piso no guarda sonidos
ni las ventanas los ojos que yacen
con un vacío a cuestras sobre la
[nada.

Y miro mis manos
y todo se transparenta
hasta perderme.
Y miro mis piernas
y todo se levanta
hasta marearme.
Y todo se vuelve triste
como si esa tristeza de niño
todavía ardiera en brasas,
en los muebles
de brazos rotos y sangre,
en un rincón de tiernas llamas,
que no es más que esa espera
a que la medianoche llegara
para ver a mamá
con sus brazos cansados
de sol en una oscura mañana.

Es como si la luna con sus cráteres
se haya hecho casa, muros
y una puerta de reja metálica:
ya no hay colores,





MAJENYE 20

ya no hay sombras,
sólo un lento vaivén
que acompaña las cortinas
en sus ondas y abandonos.
Ya no hay tiempo,
y sólo parece existir la misma

[huella
en una atmósfera irrespirable.
Sólo queda el pausado paso,
el mismo conejo,
el mismo espacio sólido de arena
aunque se hayan caído cuadros,
desvanecidos monstruos e
[imperios
y rotos algunos espejos.

¿Qué es este sabor de saberse
[dormido
pero más despierto?
¿De ver los colores y sólo ver
[transparencias
que se bifurcan como ríos
con recuerdos como rocas,
con fantasmas como peces?

Y pasa que el naufragio
que está allá adentro, en las aguas,
no desaparece cuando creces,
sólo se inunda de puertas,
se inunda de mañana,
y se quita el olor de marinero
para apestar a pescado crudo
y perla putrefacta.

No me interrumpas todavía, digo.
Tú, tiempo que te disfrazas de
[salvavidas.
No me hagas despertar

en ese umbral
de superficie y frío,
el naufragio todavía no se hunde
ni se llena de sal
ni parece entre las escamas un
cadáver, un fantasma, un delirio.
Déjame ser yo, de nuevo,
déjame ser otra vez un niño
con ese juego de hallar
[cucarachas
en telarañas de polvosa seda
en la búsqueda de otros seres
más pequeños,
dueños de distantes veredas.

Guarda las sonrisas,
los sapos sacados del estanque,
las calaveras coloreadas con telas,
los dibujos, las cosquillas,
los juegos y las acuarelas.
Pero esquiva los golpes,
esquiva los insultos,
los afectos que mi cuerpo
no entiende, pero reproduce
y la sangre atorada
de llorar en unos ojos secos.

Y así, quizá, tiempo,
ese naufragio
no sea una oscuridad
en las fosas del océano.
Un barco que se deja
con sus velas esparcidas
de sal, gaviota y viento
alcanzar por un horizonte
donde descubra en el sol otros
[mares,
en mí, profundo y adentro.